

## LA NIÑA Y LAS ESTRELLAS

de Rubén Sánchez Calvo

Era una noche cálida y el cielo estaba completamente despejado. Las estrellas brillaban por todas partes, y Alma Solitaria subía una vez más a encontrarse con la Luna para disfrutar de otra historia.

—Buenas noches, amiga Luna.

—Buenas noches, Alma Solitaria.

—Dime, ¿esta noche qué lugar del mundo vamos a observar? —preguntó Alma Solitaria.

—Esta noche, déjame contarte yo una historia. Una muy antigua, que, si no me equivoco, solo yo recuerdo tal como fue.

—Claro, me encantará escucharte. Pero dime, ¿de qué trata?

—Dime una cosa, Alma Solitaria... ¿sabes cuándo y por qué las personas comenzaron a caminar solo sobre sus piernas?

—La verdad, no lo sé con certeza. He oído muchas teorías, pero ninguna me convence del todo.

—Entonces escucha con atención. Esta historia ya fue olvidada por los humanos. Y cuando la termines, cuéntasela a nuestro amigo para que la escriba y nadie más la olvide.

Hace miles de años, los seres humanos eran apenas una pequeña tribu. Vivían en cuevas, se alimentaban de los animales que cazaban y se cubrían con sus pieles. No conocían la agricultura, ni el fuego, ni la rueda.

Pero lo más curioso es que andaban sobre las manos y las piernas.

Adoraban al Sol como a un dios. Y no era extraño: él les daba luz, les daba calor. Por eso, cuando el Sol comenzaba a ocultarse detrás de las montañas, toda la tribu corría de regreso a la cueva y se encerraba hasta que volviera a salir.

La noche les daba miedo. Era oscuridad. Era frío.

Nunca habían visto el cielo nocturno. No conocían ni a la Luna ni a mis hijas: las estrellas.

Pero una noche, la más pequeña de la tribu —una niña que aún no tenía ni un año— se despertó en medio de la oscuridad. Mientras todos dormían, gateó por encima de sus padres y salió de la cueva.

Fue la primera humana en mirar el cielo nocturno.

Y allí estaba yo, la Luna, rodeada de mis hijas, brillando para ella.

La niña quedó maravillada al ver aquellas luces lejanas y titilantes. Levantó sus manitos, las abrió y cerraba, tratando de atrapar las estrellas. Pero estaban demasiado lejos.

Se acercó gateando a una piedra, apoyó las manos en ella y se puso de pie.

Al principio dio solo unos pasos y se cayó. Pero el deseo de alcanzar aquellas luces era tan fuerte que no se rindió. Se levantó una y otra vez, hasta que logró caminar usando solo sus piernas.

Reía mientras corría de un lado a otro, intentando alcanzar las estrellas, cuando sus padres despertaron. Alarmados al ver que la niña no estaba en la cueva, toda la tribu salió a buscarla.

Guiados por sus risas, llegaron hasta donde ella jugaba.

Y entonces ocurrió algo extraordinario:

Al verla de pie, caminando y riendo, todos levantaron la vista... y por primera vez vieron el cielo nocturno.

Me vieron a mí, y vieron a las estrellas.

Se acercaron a la niña, se pusieron de pie como ella, y pasaron la noche entera intentando atrapar aquellas luces lejanas.

Desde entonces, los seres humanos caminan sobre sus piernas.

Pero han olvidado que todo comenzó gracias a una niña que solo quería alcanzar las estrellas.

—Es una historia hermosa, amiga Luna. Me ha encantado. Ahora mismo bajo a contársela a nuestro amigo, para que la escriba y nadie más la olvide —dijo Alma Solitaria.

Y mientras ella descendía volando hacia la Tierra, la Luna quedó en silencio, recordando a aquella pequeña niña.

Ahora ya sabemos por qué caminamos sobre dos piernas: todo empezó con una niña que quiso tocar las estrellas.

